

LA LITERATURA COLOMBIANA

(Continuación)

Rufino José Cuervo (1842-1911) tuvo también muy variadas facultades; pero las concretó en un solo punto: en el cultivo de la filología, pasión de toda su vida. Casi puede llamarse autodidacto, pues cuando fue a Europa ya dominaba los idiomas clásicos, el árabe y el sánscrito, y había hecho suya la ciencia de los grandes maestros alemanes organizadores de la filología comparada. Sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, publicadas en 1872, llamaron la atención de Pott y de Dozy y ejercieron profunda influencia en Colombia y aun en el resto de América. El autor, con pretexto de corregir el idioma familiar de sus paisanos, penetraba en arduas cuestiones filológicas y las resolvía con sabio y sagaz criterio. El libro, al revés de lo que ordinariamente sucede, contenía más de lo que permitía esperar su modesto título. Empezó luego Cuervo la empresa más audaz que ha acometido hasta hoy ningún filólogo de nuestra lengua: el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, del cual se publicaron en París dos grandes volúmenes (1886-1893). Esta obra, desgraciadamente inconclusa, despertó unánime admiración en el mundo sabio y mereció a su autor el calificativo—que le dio Menéndez y Pelayo—de filólogo el más insigne que la raza española produjo en el siglo XIX. Allí lucen al par la investigación minuciosa y erudita que explora los más remotos arcanos de la lengua y el análisis sutil y verdaderamente genial que sorprende y clasifica los más delicados matices del uso y sigue la evolución del idioma desde sus orígenes hasta el tiempo presente. Hay

artículos del Diccionario que son verdaderas monografías, en que la sola ordenación y exposición lúcida de la materia demuestra una inteligencia superior. Cuervo se exhibe como un Cuvier de la libre y opulenta sintaxis castellana. En medio de esta labor absorbente tenía tiempo para ejecutar otros sabios trabajos, como las *Notas a la Gramática de Bello*, que acrecieron en más de una tercera parte el volumen de esta obra clásica; la monografía sobre los casos enclíticos y proclíticos y estudios sobre el castellano en América y sobre curiosidades del idioma antiguo, con los cuales enriqueció las páginas de la *Romania*, de la *Revue Hispanique* y otras publicaciones doctas. En sus últimos tiempos trabajaba en una obra que pensaba titular *Castellano popular y castellano literario* y de la cual dijo el insigne filólogo alemán Lenz que «cambiaría de un día a otro el aspecto de la filología hispanoamericana». Bello y Cuervo son los dos grandes filólogos de la América española: el primero, educado en la escuela de los gramáticos franceses y de los lógicos ingleses de principios del siglo, suplió, con sus anticipaciones geniales, la deficiencia de la lingüística de su tiempo y analizó el mecanismo de la conjugación castellana y el uso de las partículas y las reglas de la concordancia con precisión y sutileza admirables. Cuervo continúa la obra con espíritu analítico no menos fino, y poniendo a contribución el método comparativo e histórico. Entre los grandes sostenedores de la unidad hispánica en ambos mundos debe contarse a Cuervo, pues su influencia fue decisiva en el sentido de mantener la integridad del idioma, sin desdeñar por eso la evolución del castellano en los diversos países de América. Cuervo, en su postrera época, llegó a creer, como hombre de ciencia, que en un remoto porvenir

podría ocurrir con nuestro idioma lo que sucedió al latín después de la invasión de los bárbaros; esto es: su fraccionamiento y transformación en nuevos idiomas; pero como cultivador de la lengua jamás juzgó deseable esa disolución, ni quiso, como don Juan M. Gutiérrez, apresurarla, propendiendo desde ahora a la formación de un idioma americano. Gráficamente expresó su manera de ver con estas palabras: «No porque uno crea que nuestros cuerpos, sin remedio, han de venir a ser pasto de gusanos deja de asearse y aderezarse lo mejor que puede.» Escribía Cuervo el castellano con sencilla elegancia, con admirable precisión y claridad, con la honradez del sabio que no quiere decir ni más ni menos de lo que juzga la verdad: no hay en sus libros vaguedades ni indecisiones, ni figuras retóricas que oculten la contradicción o inanidad del pensamiento. La palabra fluye con la transparencia del río que deja ver los granos de oro del fondo. Tenía Cuervo un vivo sentimiento del arte y era crítico de primer orden, como puede verse en su estudio sobre el *Virgilio* de Caro. En unión de su hermano Angel publicó en dos hermosos volúmenes la *Vida de D. Rufino Cuervo*, su padre; obra de las más importantes de la historiografía colombiana.

Sorprende en Cuervo y en Caro la precocidad de su formación intelectual en un medio impropicio: en los primeros años de la juventud escribieron la *Gramática latina*, que la Real Academia española, juzgaba, en 1891, como la mejor que hasta entonces se hubiese publicado en nuestra lengua. Ambos adquirieron desde entonces una autoridad que generalmente sólo se concede al prestigio de los años maduros.

Colaboró con Cuervo en una empresa juvenil otro distinguido filólogo bogotano: don Venancio González

Manrique (1836-1889). Era docto en lenguas antiguas y modernas y dejó elegantes traducciones de libros didácticos. Es de lamentarse que sus trabajos propios sean tan escasos. En 1871 se publicó en Bogotá la *Muestra de un diccionario*, por Rufino J. Cuervo y Venancio G. Manrique. Comprende dos letras del alfabeto: la *b*, que redactó el primero; la *l*, que es obra del segundo. Proponíanse los autores dar grande importancia a la parte etimológica de que por entonces había prescindido el léxico de la Academia Española, y autorizar cada uno de los significados de las palabras con ejemplos de autores clásicos, renovando así el primitivo *Diccionario de autoridades*. El señor Cuervo relegaba este ensayo a la categoría de «las ignorancias de la juventud.»

Grande amigo de Cuervo fue don Ezequiel Uricoechea (1834-1880), uno de los hombres que han honrado más la ciencia colombiana. Era naturalista eminente, gran conocedor de las antigüedades de la Nueva Granada, sobre las cuales publicó una *Memoria*, en Berlín, en 1854. Desde los tiempos del P. Lugo no se había publicado sobre la lengua de los aborígenes libro tan importante como éste: *Gramática, vocabulario, catecismo y confesonario de la lengua chibcha, según antiguos manuscritos anónimos e inéditos, aumentados y corregidos por E. Uricoechea*, París, 1881. En 1872 escribió, en forma de carta dirigida a don Juan Eugenio Hartzenbusch, el *Alfabeto fonético de la lengua castellana*, opúsculo en el cual consignó Uricoechea finas observaciones sobre los varios sonidos que ofrecen al hombre de oído educado varias de las letras castellanas; diferencias que pasan inadvertidas para la mayor parte de las gentes.

(Continuará).

ANTONIO GOMEZ RESTREPO